

Apuntes literarios

Carlos Drummond de Andrade

Traducción: Alex Fleites

Escritor: no solamente cierta manera especial de ver las cosas, sino también la imposibilidad de verlas de cualquier otra manera.

Todo escritor arremete contra los más viejos, aunque él no se dé cuenta, y aunque los admire. Y si los admira, más feroz es la reacción, en la que se juntan amor e impaciencia, ternura y tedio por la obra cristalizada: ácida compensación por la pena de admirar.

Imposible hacer comprender a los de veinte años que no tenemos la culpa de ser más viejos, de poseer mayor suma de visiones, de recuerdos, de riquezas imponderables: que develamos ciertos secretos porque nos fue dada la oportunidad de vivir desde hace más tiempo; que el tiempo trae consigo cierta sutileza, aun a los menos dotados; y que la supuesta derrota de envejecer nos confiere una relativa superioridad (para nada envidiable).

¡Qué bien escribe! Su lenguaje, de tan perfecto, llega a repugnar. Busca siempre la palabra más rutilante. Yo, la más pobre.

Electo por 29 votos, en una revista, como el mayor poeta vivo de Brasil. Brasil tiene cuarenta millones de habitantes.

Impresionante la sabiduría de sus comas. Es incapaz de mezclar en una frase dos estupideces.

Oración del poeta Emilio Moura, en su casa de la Calle Curitiba: haz, mi Dios, que no caiga en la tentación de brillar en los suplementos literarios.

A veces sentimos deseos de decir a la crítica: mis defectos no son lo que apuntas. Son otros y aquí están.

Como también de advertirle: lo que juzgas cualidades en mí no son cualidades, sino defectos disimulados, defectos de los cuales todavía no conseguí deshacerme.

Nuestra franqueza y nuestra fuerza permanecen, así, no identificadas, a la espera de que la famosa lucidez de los cincuenta-años-después pueda reconocer una y otra. Y es más que probable que no haya cincuenta-años-después. Esto explica por qué muchos autores organizan ellos mismos la posteridad, explicándose, confesándose, coronándose. No llegan a la perfección de atacarse, pero, en lo más íntimo, desearían hacerlo.

Falta la pregunta: ¿qué hacer con nuestros posibles dones literarios, entregarlos a nuestra propia policía y juicio? El público no nos descifra: apoya o desprecia, simplemente. La bolsa de valores intelectuales es emotiva y calculadora, como todas las bolsas. Hoy tenemos talento; mañana no. Eramos buenos poetas en tal circunstancia, ahora tenemos la boca llena de viento; somos demasiados herméticos; demasiados vulgares; nuestro individualismo nos pierde; o nuestro socialismo; llegamos a dos pasos de la iglesia; o lo que nos falta es el sentimiento de Dios; nuestra prosa es lírica, nuestros versos son prosaicos.

Pienso en un chico que de repente sienta deseos de escribir —ese deseo explosivo, incontrolable, que puede ser la primera señal de la vocación, o solamente una falsa alarma— y lo veo ofre-

ciéndole sus escritos al paladar de los colegas, de los más viejos, de todos los que encuentra. ¿Qué lecciones recogerá entre tantas, enmarañadas y contradictorias? ¿Cuál le permitirá ver claro en sí mismo? Antes de definirse como tal, la vocación tiene que luchar contra el prójimo, que tradicionalmente la ignora. Tiene que encontrarse a sí misma en la confusión de los modelos, rígidos o sugeridos, que conforman el museo de la literatura. Y así y todo siempre continuará solitario, interrogándose, corrigiéndose, sin esperar que venga consuelo del exterior.

APUNTES DE EL HOMBRE EXPERIMENTADO

En conversación crepuscular con El Hombre Experimentado, en su casa de Cosme Velho, recogí algunas observaciones tuyas que comunico a los lectores:

No es de buena higiene mental conceder mayor significación a los elogios que nos confiere un joven de 18 años. Sin duda, esa corona es pura, mas a los 20 el dador cambiará admiración por falta de estima, y así pagaremos por el exceso de entusiasmo con que nos coronó.

Con el joven que nos visita con un bulto de papeles mecanografiados bajo el brazo, entra en casa, fatalmente, un enemigo.

Tenemos que leer aquellas primicias del talento, y ése es el primer golpe que nos propina. Si no nos sentimos arrebatados, el sufrimiento del joven se convertirá en irritación contra el lector. Hay que escoger las palabras más discretas, mullidas, como vehículo de nuestra impresión negativa. Y ésta nunca nos será perdonada.

Tal vez prefiramos hablar bien de aquello que nos parece malo, y estaremos generando un equívoco de consecuencias incalculables. Un literato infeliz se irá formando con nuestra anuencia.

Finalmente, existe la hipótesis de que la obra sea buena, mas eso, que se sepa, jamás ocurrió en casos de visita a domicilio.

Si la casa constituye el reducto inviolable del ciudadano (Constitución, art. 141, & 15), bien frágil fortaleza es ésta, que la amabilidad de las costumbres lleva a mantener abierta a las visitas literarias.

No se comprende que el escritor que se precie no registre un mínimo de cinco visitas de admiradores y curiosos, por mes.

Ellos vienen de estados distantes o próximos, y hay que acogerlos cordialmente, y responderles las preguntas, y ser blanco de la atención turística de los chicos.

Si fuesen inocentes, no habría tal vez el embarazo del morador pacato convertido en estatua. Mas la profesión o la vocación literaria confieren al individuo, en cualquier parte, cierta malignidad secreta, que muda el sentimiento de éxtasis en inclinación a la ironía. De manera que nunca se sabe si nuestro joven colega sentado ahí en la poltrona está realmente ejerciendo su simpatía a nuestro favor, o, simplemente, se está divirtiendo con nosotros.

Y aquí viene el problema: ¿se le debe ofrecer algo al cófrade juvenil? ¿Qué se le debe ofrecer?

Una taza de café, de noche, es simplemente una quimera en la casa pequeñoburguesa en la cual la criada se marchó después de servida la cena. Nuestra compañera está exhausta por las fatigas del día, y es demasiado pedirle que se quede atendiendo a los muchachos. El escritor, por sí, generalmente es inepto más allá de la región misteriosa del aparador. No, no se servirá café.

Además, sería mezquino ofrecer aquello que en los mostradores de mármol de la ciudad se toma a cambio de una moneda.

La doctrina de la hospitalidad más ortodoxa recomienda que se haga servir whisky con o sin soda, y hielo. Es un cordial bastante prestigioso, y que hará subir nuestra cotización ante el supuesto admirador.

Con todo, hay lugar para la duda: ¿no irá el visitante a suponer que se intenta sobornarlo, obligándolo a nuevas visitas y, en consecuencia, a un hábito suave y seductor, que adormece las facultades críticas? Habrá tal vez reputaciones obtenidas por un buen scotch. De cualquier modo presupone un nivel económico razonable, y no a todos les es dado cultivar así la plantita de su reputación.

Recuérdese además el vino de Oporto, con o sin rosquillas, vermut, aguardiente de alambique de barro. Cuidado con este último: parecerá vulgar a unos, violento a otros, y es mejor economizarlo si realmente es algo especial.

Tener "cierta edad" significa: atacado por unos, desconocido por otros, elogiado por libros de la autoría de terceros.

Felices los pueblos sin correos, porque en ellos no existe la molestia de responder cartas ni el susto de recibirlas. Por lo regular, esos papeles no anuncian nada bueno. O es crítica intempestiva, o incomprensión anónima, o pedido de dulce de leche (así podría llamarse al elogio literario), o amenaza, o equívoco, o solicitud para la donación de libros, o *enquête* enfadosa.

Y hay también la carta por la carta, del señor que se distrajo escribiendo a propósito de nada y que exige respuesta inmediata; son los más feroces corresponsales, con ramificaciones internacionales.

La única venganza posible nos deja exhaustos: responder implacablemente a todo, y crear así tal suma de papel de carta en circulación, y tal consumo de sellos, y tan extraordinaria congestión de transportes terrestres, marítimos y aéreos, y tan absurdo exceso de trabajo para los carteros que el servicio literario postal se hunda para siempre en el caos.

Por mucho que estudio mi vanidad, no le veo el tono desagradable de la de los otros. Lo que es una vanidad suplementaria.

Economía en las dedicatorias. Siempre habrá tiempo para enfatizarlas, y todo el tiempo será escaso para corregirlas.

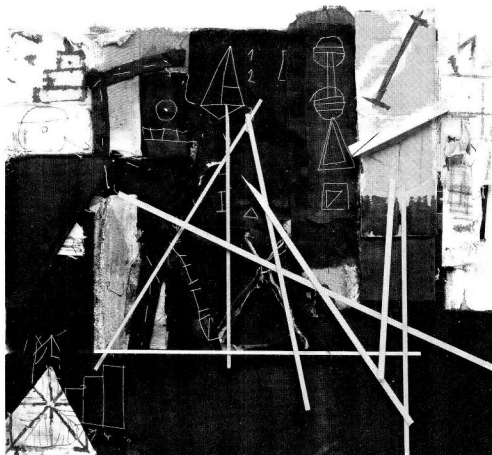
Es pecado menor elogiar un mal libro sin leerlo, no así después de haberlo leído. Por eso, agradezco inmediatamente cuando recibo un volumen. No hay vida literaria plenamente virtuosa.

Nos gustaría ser estrictos en nuestros juicios, pero no queremos hacer sufrir a los semejantes. Entonces hacemos mano blanda con nuestros juicios y sufrimos nosotros con los fraudes de nuestra balanza.

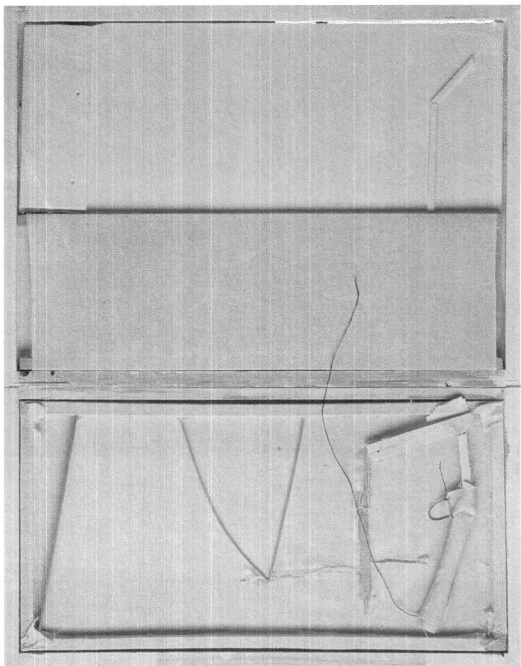
Comúnmente la sociedad de las letras no crea amigos, sino cómplices.

Una amistad puede ser considerada perfecta si resiste el hecho de que los dos amigos se expresen en el mismo género —y que ambos sean buenos escritores.

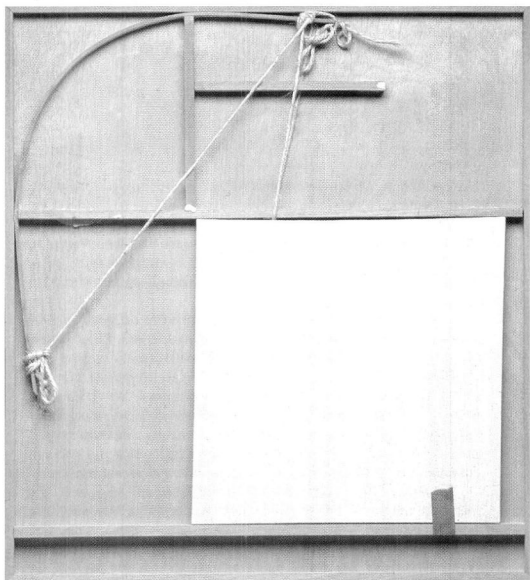
No somos lo bastante hábiles para extraer de nuestro instrumento la nota más limpia, ni bastante honestos para confesarlo, ni bastante hipócritas para disfrazarlo, ni bastante cínicos para consolarnos, ni bastante obstinados para intentarlo de nuevo y siempre. En fin, cumplimos con nuestra carrera. Y no hay otra.



Historia T. 3 G. F.
38 x 45 cm.



Sin título
56.5 x 44 cm.



Sin título
87 x 81 cm.